

SEGUNDA CONFERENCIA

EL SOLDADO ESPAÑOL DE LOS TERCIOS

ANDRÉS MÁS CHAO

General de división.

EL SOLDADO ESPAÑOL DE LOS TERCIOS

**Dos tipos determinantes: el profesional y el aventurero.
Las vidas contrapuestas de Julián Romero y Alfonso de Contreras**

En Europa occidental el Estado moderno surgió y se fue afianzando a lo largo de los turbulentos siglos xvi y xvii, impulsado por las guerras. Los Ejércitos serán pues el instrumento fundamental para la transformación de los señoríos medievales en los Estados modernos. Pero en este proceso sufrirán una absoluta transformación, necesaria para hacer frente a los nuevos parámetros en los que se encuadra el conflicto bélico, dando lugar a un



nuevo Ejército, cuya característica principal será la desaparición de la caballería nobiliaria y el renacimiento de la infantería (1). Este cambio exigirá su progresiva profesionalización de la infantería, ya que los nuevos métodos y armas que lo permiten, exigen una profunda instrucción previa al combate, que no podían poseer los peones medievales, gente reclutada para una campaña sin ninguna preparación. Estos infantes profesionales no saldrán en general de la burguesía ni del campesinado acomodado, sino de los estratos más bajos de la sociedad, que buscan escapar de la justicia, conseguir riqueza sin importarles que medio emplean y escapar del agobio de los impuestos que ahogan su economía. Hombres sin una gran formación ética, sus más bajos instintos tienen una válvula de escape en las situaciones de violencia y descontrol que se producen en el curso de las guerras. Como consecuencia el soldado profesional nacido con la Edad Moderna será considerado en general en Europa como la hez de la sociedad; valoración claramente expresada por Erasmo de Rotterdam en sus obras, que retratará al soldado con los rasgos más acervos de su pluma, blasfemo, borracho, asesino, ladrón, ignorante y medio estúpido (2).

Un caso especial será el de los infantes españoles, cuyas cualidades y virtudes les hicieron diferentes, al menos hasta finales del siglo xvi, del mercenario que retrata Erasmo en sus obras. Los soldados españoles eran de la misma extracción de los que formaban otras infanterías de la época, es decir eran mayoritariamente villanos urbanos o campesinos; pero las condiciones particulares en las que se desarrolló la Reconquista, condicionaron de manera diferente su espíritu (3) y por ello su motivación fue distinta de los del resto de Europa, ya que no les empujaba solamente al servicio de las armas el ansia de riqueza o su situación de desarraigados en la

-
- (1) PIERI Y CARUGO, Pero. *Il Rinascimento e la crisi militari italiana*, p. 407. Milán, 1952.
- (2) ERASMO DE ROTTERDAM, *El soldado y el cartujo* incluido en *Origen de la novela* de MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. Tomo IV, pp. 234-245. Madrid, 1915. «¿Por qué eres tan pobre? –pregunata el cartujano al soldado– porque todo lo recibo de la paga, el saqueo, el sacrilegio, la rapiña y el hurto me lo gasto en vino, rameras y juego».
- (3) SÁNCHEZ DE ALBORNOZ, Claudio. *España un enigma histórico*, volumen I, pp. 405 y siguientes. Madrid, 1982. Para el autor la diferencia radica en que mientras en el resto de Europa, la guerra era cosa de los señores y sus mesnadas en España la lucha por la Reconquista implicaba a todo el pueblo, nobles y villanos. PUDDU, Raffaele. *El soldado gentilhomme*, p. 240. Madrid; 1989. «España a través de la Reconquista se hizo en su totalidad un pueblo guerrero al contrario que en la Francia de los intrépidos caballeros y el campesinado imbele, todas las clases sociales participaron de las particulares virtudes de la raza».

sociedad, sino que buscaban también su ascenso en la escala social y una especial predisposición a la carrera de las armas resultado de una tradición que venía de la Reconquista; como resultado de todo ello buscaban imitar los modelos de virtudes nobiliarias de la antigua caballería señorial, ejemplo para todos ellos del combatiente tradicional. Por eso Raffaele Puddu ha llamado al infante español de esta época *El soldado gentilhombré*, pues aunque combatiera por una soldada, se dejara llevar a veces por los mismos excesos que los otros infantes y muchas veces se mostrara indisciplinado o cruel (4), también estuvo adornado de unas claras virtudes que lo diferenciaron claramente del resto de sus correligionarios de otros países (5).

Por añadidura en las filas de la Infantería española se integraban muchos hidalgos y segundones de casas nobles, que no consideraban deshonoroso el combate a pie, —al contrario de lo que sucedía en el resto de Europa— puesto que la Reconquista y principalmente la guerra de Granada les había habituado a esta forma de combatir (6); estos soldados —minoría importante en el conjunto— contribuyeron a imponer entre sus camaradas de más baja extracción sus convicciones caballerescas. Se era soldado para aumentar la «honra y la hacienda», por la gloria del Rey y por el triunfo de la fe; el «soldado honrado de la Infantería española», fuera cual fuera su origen, estaba convencido que, al igual que sus mayores, podía

(4) «Olvidame de dezir que me dijo Su Excelencia (Requesens)... que no havia perdido el Príncipe de Orange los Estados sino los soldados nacidos en Valladolid y en Toledo...» de una carta de Hernando Delgadillo a Juan de Albornoz de 9 de julio de 1574, narrándole el saco Amberes citada por PARKER Geoffrey. *El Ejército español y el camino de Flandes*, p. 231. Madrid, 1985.

(5) PUDDU, Raffaele, *opus citada*, p. 242 «Las extraordinarias cualidades naturales de los combatientes castellanos, la declarada nobleza de sus motivaciones, tienen en la disciplina su base indispensable y el individualismo que nace del orgullo profesional y social, de la ambición y del sentido del honor ha de ser templado por la obediencia, virtud a un tiempo religiosa, política y militar que se define por Sancho de Londoño como principal fundamento de la milicia.

(6) DRUENNE, Bernard. *Historia Universal de los Ejércitos*, volumen II, p. 144. Barcelona, 1966. Según este autor en el sitio de Mantua (1503) ante la petición de Maximiliano I que los hombres de armas franceses, que colaboraban al sitio, ayudaran a los lansquenets combatiendo a pie en el asalto, contestó Bayardo el acaballero sin miedo y sin tacha modelo de los *gends d'arms* franceses, «es pasatiempos asaz enojoso para hombres de armas ir a pie, respondió que el rey (de Francia) no tiene entre sus ordenanzas a nadie que no sea gentilhombre. Al mezclarlos con la gente de a pie se hara poca estima de ellos».

elevarse socialmente y conseguir riqueza cumpliendo fielmente su función guerrera, ya que era en el orden militar donde se forjaron siempre los linajes. Para la totalidad del pueblo español, la única elección digna de un hidalgo era, como dirá Cervantes por boca del cautivo en el Quijote, «Iglesia, Mar o casa Real», y era precisamente en esta última donde, a pesar de no alcanzarse el dinero ni el poder, residía la superioridad moral y honorífica, como reconocería el Oidor hermano del capitán cautivo (7). Esa percepción de la superioridad del oficio de soldado sobre el resto de las opciones de vida de un hidalgo la vemos en Cervantes, (discurso de Armas y las Letras), Martín de Eguiluz, Juan de Urrea, Marcos de Isaba y Sancho de Londoño, entre otros que escriben sus obras en defensa del «ordo militar», único por el se asciende sin importar el origen. Este convencimiento será el que empuja con claridad a la mayoría de los españoles de aquella época al servicio de las armas.

Claro es que no todos los componentes de los Tercios eran modelos de caballeridad, los vicios, las crueldades las deserciones y los motines están también presentes entre los infantes españoles y si estas actitudes son minoría en los reinados de Carlos I y comienzos del de Felipe II, poco a poco aquellas virtudes que marcaron su diferencia con otros soldados profesionales irían desvirtuándose; proceso que comienza a detectarse a mediados del reinado de Felipe II. Esta decadencia puede comprobarse en la novela picaresca española, en las Novelas Ejemplares de Miguel de Cervantes y en las autobiografías que escriben algunos soldados (8). En ellas nos relatan latrocinios, asesinatos, deserciones y brabuconadas cometidas por sus protagonistas, similares a las que se nos relatan en obras de autores extranjeros sobre el soldado europeo. Por otra parte existe, entre finales del siglo XVI y principios del XVII, una abundante literatura militar, cuya motivación principal es devolver la Infantería española al estado en que se encontraba en sus primeros tiempos, mostrando con ello sus autores, muchos de ellos nombres preclaros de la Infantería de tiempos de Felipe II, el convencimiento de su decadencia (9).

(7) CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, tomo I, capítulo XXXVII.

(8) *Vida y trabajo de Jerónimo Pasamonte, Vida del Capitán Alonso de Contreras, Memorias de Diego Duque de Estrada y Vida de Miguel de Castro*, publicadas en Biblioteca de Autores Españoles. Tomo XC. Madrid, 1956.

(9) ISABA, Marcos de. *Cuerpo enfermo de la Milicia española*. VALDÉS, Francisco. *Espejo y disciplina militar, en el cual se trata del oficio de Sargento Mayor*. LONDOÑO, Sancho. *Discurso para reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*.

En cualquier caso honrados y pícaros, valientes y fanfarrones, hidalgos y plebeyos, atraídos por una vocación militar o simples amantes de la aventura, miles de pobres soldados desconocidos por la Historia, formaron los inigualables Tercios de Infantería española que asombraron a Europa durante siglo y medio con sus hazañas. Sus vidas fueron muy distintas en función de sus aspiraciones, ideales, oportunidades, momento histórico en que les toco vivir y ubicación de las unidades en las que sirvieron. Unos llegaron a los Ejércitos de Su Majestad Católica llevados por un ideal caballeresco, otros buscando la libertad que esperaban encontrar en sus filas, algunos atraídos por los relatos de los veteranos y la prestancia de su ropaje, también los hubo quienes, como al joven del Quijote, les arrastro la pobreza («a la guerra me lleva mi necesidad, si tuviera dineros no fuera en verdad»), y, como no, hubo quien llegó huyendo de la justicia. Sus vidas fueron completamente diferente según estuviera en un presidio africano, donde podían estar 18 años si salir de allí, como nos contaría un soldado; en Flandes, de la que dirá otro, «Camarada del alma, a Flandes ni a por lumbre, que es tierra fría que hacen trabajar a los perros como caballos», o en Italia, de la que recordará un tercero, «la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías.» (10); pero todos y cada uno pensaban que podían llegar a las cumbres más altas del éxito con sólo su valor y esfuerzo. Como aquel pobre centinela que soñaba mientras velaba:

«Mañana soy alférez ¿quien lo quita?
y sirviendo a Felipe y Margarita
embrazo y tengo paje de rodela
vengo a ser general, corro la costa
a Chipre gano, Príncipe me nombro
y por Rey me coronó en Famagusta
reconozco al de España, al Turco asombro...
con esto acabó de hacer la posta
y hallose en piernas con la pica al hombro» (11).

Para intentar aproximarnos un poco a la vida de estos hombres, creo que será bueno contraponer las vivencias y actuación de dos de ellos que

(10) SÁNCHEZ DE TOCA, José María. Citado todo ello en *Historia de la Infantería Española*, tomo I, p. 39. Madrid, 1993.

(11) SÁNCHEZ DE TOCA, José María. *Opus citada, Historia de...*, p. 43.

alcanzaron la celebridad por diversos motivos: Julián Romero y Alonso de Contreras. Este último que escribió su autobiografía, fue un aventurero, valiente y buen soldado cuando fue menester; perfecto prototipo del «papagayo» (12), inclinado más a combatir sin muchas trabas que al servicio regular; pícaro, espadachín e incapaz de dominar sus pasiones, que le harán perder lo que consigue en el combate en lances y amoríos, será a lo largo de su vida soldado, desertor, corsario, alférez, oficial reclutador, capitán de Infantería, capitán de Corazas y caballero de la Orden de Malta. En conjunto puede representar la generación de infantes del final del reinado de Felipe II, en los que ya se advierte la crisis de aquella heroica Infantería que sostuvo el Imperio español, aunque desde luego en estos primeros tiempos conserva entremezcladas con sus defectos las virtudes militares que adornaron a nuestros soldados. Su andadura representa bastante bien a los infantes que sirvieron mayoritariamente en Italia, a partir de que esta Península dejó de ser campo de batalla de los enfrentamientos entre franceses y españoles y los turcos habían dejado de ser una grave amenaza sobre sus costas.

Allí, si al principio aún encontramos soldados como Contreras que buscan la «honra y la hacienda» aunque a través de una vida aventurera más que por el ejercicio diario y sacrificado de la vida de soldado, poco a poco este modelo se irá transformando, desapareciendo el infante, sufrido, duro, abnegado, orgulloso de su prestigio, capaz de cualquier sacrificio y de heroicidades asombrosas, que había sido el ejemplo de sus camaradas en épocas anteriores y sobre todo brilló con luz propia en los Tercios que llevó a Flandes el duque de Alba; para aparecer otro, todavía valiente y orgulloso de su prestigio, pero que hace alarde de estas cualidades más en las calles que en el combate —que ya no se produce en estas tierras— pícaro y matón, que poco a poco se va abandonando a la molicie y la vida cómoda, acentuando sus rasgos de fanfarronería y bravuconería.

Frente a él creo que hay que situar al verdadero soldado vocacional, representado por el maestre de campo Julián Romero que sirvió a lo largo de toda su vida en la Infantería española, con la que combatió en África, Italia, el Mediterráneo, Francia y Flandes entre los reinados de Carlos I y Felipe II, aunque también fuera soldado mercenario durante un corto

(12) Así llamaban a los soldados españoles jactanciosos, brabucones y amantes de los vestidos suntuosos de muchos colores y dudoso gusto.

tiempo al servicio de Enrique VIII de Inglaterra. Famoso entre la masa popular por sus hazañas, en vida ya se hallaba su nombre en romances, y a poco de su muerte Lope de Vega lo citaría en varias de sus obras, siendo en una de ellas el personaje principal, así como de otra posterior de Juan Cañizares (13). Mereció los elogios de generales y de otras personalidades españolas y extranjeras de su época, el mismo Felipe II lo citaba siempre simplemente con Julián, pues su nombre bastaba para identificarlo y también los embajadores franceses en Madrid y los espías ingleses en la Corte se preocuparon de sus andanzas por la repercusión que podían tener en su propio país (14). Su aventura vital nos lo muestran como la representación de aquel soldado que se paso la vida es los campos de batalla, sobre todo en Flandes y que es el ejemplo puro del soldado gentilhomme que retrata Puddu.

Junto a estas diferencias que separan sus actitudes como miembros de la Infantería española, también se pueden observar, al comparar ambas biografías, puntos de contacto. Así ambos serán de humilde pero de honrada cuna, se alistaran muy jóvenes atraídos por la vida militar, comenzando por los escalones más bajos de la Milicia. Relativamente pronto adquirieron fama entre sus superiores y compañeros y alcanzaron puestos de mando, donde cada uno en su estilo tuvieron éxito en sus empresas. Fueron valientes, audaces y un punto fanfarrones, como mando de hombres arrastraron a los suyos con su ejemplo en las ocasiones de peligro y se preocuparon de sus subordinados y curiosamente ambos se relacionaron de alguna forma con Lope de Vega, que los retrató en sus obras (15). Por todo ello se puede decir que Julián Romero y Alfonso de Contreras, son dos claros ejemplos de infantes españoles, de vidas contrapuestas, resultado de dos concepciones diferentes de vivir y sentir el honrado oficio de las armas durante el reinado de Felipe II: la que tenía como base una clara vocación militar y la que se sustentaba principalmente en la atracción por la aventura.

(13) La obra de Lope se titula *Julián Romero* y la de Juan Cañizares *El valor como ha de ser y el guapo Julián Romero*.

(14) MARICHALAR, Antonio. *Julián Romero*, pp. 17-219. Madrid, 1952.

(15) La hija de Lope de Vega profesó en el convento de las Trinitarias que fundó la hija de Julián Romero, Francisca Romero Gaytan, llegando a vivir al tiempo juntas en él. Alfonso de Contreras nos relata en sus Memorias que vivió en casa del dramaturgo una temporada y éste le dedicó la obra *El rey sin reino*.

Al mismo tiempo su diferente trayectoria responde también al cambio que se empieza a producir en la Infantería española a partir de mediados del reinado del Rey Prudente y que pueden estar representados por el soldado de Flandes, que participa en una guerra dura y prolongada, y el de Italia, que en esta época lleva una vida placentera y descansada sin tener que combatir; evolución que llevará a nuestra Infantería desde su condición de elemento esencial para el triunfo de los multinacionales Ejércitos de los Habsburgo españoles, hasta su decadencia y extinción total.

Comenzando por Julián Romero (16) su padre fue Pedro de Ibarrola, hidalgo vizcaíno con solar en la Puebla de Aulestia que se trasladó a la provincia de Cuenca donde trabajó de maestro cantero y caso con Juana Romero; de esta unión nació en 1518 Julián, cuyos primeros años transcurrieron en Torrejoncillos; a los 16 años sentó plaza como mozo de tambor al pasar por su pueblo un oficial reclutador. No hay casi noticias de sus primeros años de servicio; sólo se sabe que embarcó para Nápoles y que esa Navidad era ya soldado en las compañías españolas allí destacadas. Con ellas se trasladó a Túnez con el ejército del César Carlos en julio de 1535, estando en el asalto a la Goleta y en la toma de Túnez, donde Lope, en la obra que le dedica, sitúa sus primeras muestras de valor (17). En 1536 pasó con su Tercio a Flandes por orden del Emperador que sostenía su tercera guerra con Francia, debiendo encontrarse entre otras acciones en el asalto y toma de Duren (18).

Al producirse la paz de Crepy (18 de septiembre de 1544) Carlos V retiró su Ejército de Flandes y varias compañías españolas, entre las que se encontraba la de Julián Romero, embarcaron para España, debiendo entrar de arribada en Dover. Allí hambrientos y sin dinero entraron al ser-

(16) La mayor parte de los datos sacados de la obra de MARICHALAR, Antonio. *Julián Romero. Opus citada*.

(17) LOPE DE VEGA, Félix. *Julián Romero* en «Aquí fue donde primero/dio muestra Julián Romero/de su mucha valentía».

(18) Fray PRUDENCIO DE SANDOVAL. *Vida y hechos del emperador Carlos V*, volumen I, pp. 405 y siguientes. Madrid, 1954. El autor relata que al llegar los defensores de la ciudad, considerada como inexpugnable y tomada tras un asalto al llegar los Tercios, a otras plazas decían para justificar su huida «que ellos no habían peleado con hombres sino con diablos, que los españoles eran unos hombres pequeños y negros que tenían las uñas y los dientes de un palmo y se pegaban a las paredes como murciélagos de donde era imposible arrancarlos».

vicio de Enrique VIII, siendo nombrado maestre de campo el capitán Pedro de Gamboa y Romero.

Tras una estancia en la frontera con Escocia en guerra con Inglaterra, en febrero de 1546 se encontraban ante Boulogne (Francia) sitiada por el rey inglés, que firmaría la paz con Francisco I el 7 de junio de dicho año. Pero anteriormente el capitán español Mora al servicio de Francia había retado a Gamboa en singular combate, desafío que recogió Julián Romero en su nombre. Firmada la paz se pidió campo al rey de Francia que lo concedió y el 15 de julio en Fontaineblau, ante el Rey, la Corte y mandos ingleses tuvo lugar el combate, decantándose la victoria por Julián. Tras esto Francisco I intentó atraerse a sus filas al capitán español, sin que este aceptara pasar al servicio de Francia declarada enemiga de España. De nuevo en Inglaterra, después de la batalla de Pinkie (11 de noviembre de 1547), será armado caballero con derecho a blasón y feudo, siendo a partir de entonces conocido, en los documentos ingleses, como sir Julián. Posteriormente, el 10 de abril de 1549, será nombrado maestre de campo en sustitución de Gamboa, continuando sus campañas contra Escocia. Pero la situación religiosa de Inglaterra la enfrentaba cada vez más a España, por lo que Julián Romero decide marcharse y entrando 1551 abandona todo lo conseguido y torna a Flandes para servir de nuevo al Emperador.

Al llegar a Flandes, por su experiencia y la fama conseguida, se le nombró capitán, sin pasar por los empleos de cabo y alférez, interviniendo en la nueva guerra contra Francia. En ella contribuyó con su compañía a la defensa de la ciudad de Dinant en el obispado de Lieja, junto con 500 alemanes y súbditos del obispo, donde después de una dura resistencia se verá obligado a rendirse, quedando él sólo prisionero por su intervención ante el condestable Montmorency, al que solicitó con energía que a los españoles se les dejara partir con todas sus armas en razón de rendirse obligados por el resto. Ya por estas fechas comienza su leyenda que quiere que sea uno de los hombres de confianza que Felipe II llevó a Londres en ocasión de su boda con María Tudor, lo que es muy difícil si se piensa que el Rey embarcó para Inglaterra el 25 de julio de 1554 y Romero fue preso en Dinant el día 10. También quiere la leyenda que su actuación sea decisiva para el triunfo de San Quintín, batalla en la que sufrió una herida de la que quedó cojo y en la que contribuyó a la toma del arrabal, defendiéndolo posteriormente de la acometidas de Montmorency; por todo ello posteriormente Felipe II le concedió el hábito de Santiago. Igualmente fue muy importante la destacada intervención de la arcabucería de Julián Romero en la batalla de Gravelinas.

En 1563 Julián se encuentra en España, instalándose en Madrid, donde se casa el 30 de junio de 1564 con doña María Gaytan hija del capitán Pedro Gaytan; a primeros de 1565 se trasladaría a Italia para mandar una compañía y el 25 de agosto de dicho año embarcaba en Siracusa en la escuadra de don García de Toledo, virrey de Sicilia, formando parte del socorro a Malta atacada por una potente fuerza turca que puso en peligro el dominio que sobre ella ejercía la Orden de San Juan. El 6 de septiembre desembarcaban en la isla los españoles, obligando a los turcos a rembarcar y retirarse. En esta acción murió Melchor de Robles maestro de campo del Tercio de Sicilia, siendo nombrado para sucederle Julián Romero a propuesta del virrey. A comienzos de 1566 marcha con su Tercio, junto con otras fuerzas, a reforzar la guarnición de la Goleta, ante el temor de un nuevo ataque turco, pero al no producirse en junio regresa a Mesina. En aquel puerto conocerá Julián Romero a Pierre de Bourdailles señor de Brantome que hablará con grandes alabanzas de nuestro capitán en sus libros. En el año 1567 marchaba para Flandes el duque de Alba a la cabeza de un importante ejército, cuyo núcleo principal lo formaban los cuatro Tercios Viejos, yendo el de Sicilia mandado por Julián Romero; su misión era acabar con las alteraciones ocurridas en aquellas tierras. En los Tercios iba la flor y nata de la Infantería veterana española y en sus filas se encontraban un alto número de hidalgos y aun de segundones de las más nobles familias de España (19) y de su disciplina, marcialidad y prestancia se harán lenguas todos los que les ven pasar (entre otros Pierre de Bourdailles señor de Brentonne y Blaise de Vignère. El primero dirá al verles pasar por las proximidades de su residencia que los soldados parecían capitanes y los capitanes príncipes; el segundo dirá en su *L'Art Militaire* publicada en París en 1605:

«Les espagnoles et les suisses ont à la verité je ne sais quoi de mieux réglé et ordonné que les français, italiens et alemans.»

Ya durante la marcha y desde los primeros momentos de su estancia en Flandes, Julián dará claras muestras de su severidad ante la indisciplina, unida a su preocupación porque los soldados recibieran sus pagas y ven-

(19) MARICHALAR, Antonio. *Opus citada*, pp. 168 a 175. En su obra cita no menos de 30 hermanos de títulos del reino.

tajas regularmente, así como que estuvieran bien alojados (20). Estas virtudes militares, unidas a su actitud de tolerancia hacia el enemigo prisionero, hicieron de Julián Romero un hombre respetado por los rebeldes, querido por sus soldados y odiado por los amotinados ya que imponía la disciplina por encima de todo. A poco de llegar Alba a Flandes tendrá lugar la prisión, condena y ejecución de los condes Egmont y Horn. Días antes de su prisión un español enmascarado fué a casa de Egmont a advertirle del peligro que corría para que huyese, pero el conde se negó a creer que iba a ser detenido y ejecutado. El misterioso enmascarado, según confesó la viuda de Egmont poco antes de su muerte, era Julián Romero, que no podía olvidar que el conde había sido su general en Gravelinas y luchado muchos años bajo las banderas de España. La ejecución de los condes y la huida de Guillermo *el Taciturno* provocaron la rebeldía de los protestantes. Sin embargo muy pronto las victorias de Groninga y Jemingen y las inteligentes maniobras del duque de Alba terminaron con la sublevación.

Pacificada Flandes, Romero pide en 1569 licencia para ir a España y Felipe II, tras oír a Alba, se la concede, recibiéndole en Madrid y concediéndole la encomienda de Peñausende de la Orden de Santiago. En esta época se plantea por Felipe II la posibilidad de atacar a Isabel de Inglaterra; con este motivo se envían espías y se piensa destacar alguna fuerza para marchar a Irlanda en apoyo de una posible sublevación contra Isabel. En los mentideros de Madrid y aún entre los embajadores se comenta primero que Julián Romero ha partido para Inglaterra y después que será el capitán de aquella fuerza, aunque no existe constancia de nada de esto y se sabe que el Rey abandonó pronto la idea. En mayo de 1572 Julián regresó con el duque de Medinaceli a Flandes, donde ha estallado una nueva sublevación a causa del establecimiento del impuesto del diezmo, lo que había levantado a toda la población, católicos y protestante, contra España.

De nuevo en campaña las hazañas de Julián Romero se multiplican, asedios, encamisadas y victorias en campo abierto le tiene por protagonista y en ellas resultará herido gravemente en un brazo y en un ojo. Como resultado, su prestigio alcanza cada vez cotas más altas, don Fadrique de

(20) *Ibidem*, pp. 177-178. Episodio de la condena de tres soldados a ser arcabuceados y otro pasado por las picas durante la marcha a Flandes por «haber desamparado las banderas de su rey para ir a servir a otro señor». Asimismo pp. 178-179, carta al secretario del duque de Alba preocupándose por las pagas y alojamiento de sus soldados.

Toledo dira de él en carta a su padre el duque de Alba «Yo digo a Vuesa Excelencia que mejor soldado que él... no lo ha habido en mi nación», el duque le alaba ante el Rey en muchas de sus cartas y el propio Felipe II le nombra miembro del Consejo de Flandes. También Guillermo *el Taciturno* reconoce las virtudes militares de Julián Romero (21), que mantendrá correspondencia con él para tratar de conseguir el canje y mejor trato de los prisioneros. Tras la destitución de Alba y el nombramiento de Requesens, la guerra continua cada vez más dura; la falta de pagas, la dureza de la campaña y las muchas bajas, iban deteriorando la moral y disciplina de la Infantería española, en la que se multiplicarían los motines, como el que dio lugar al saco de Amberes, junto con hazañas de valor incomensurable como el ataque y ocupación de Zieriksee, en ambas sería personaje importante Julián, en la primera intentando evitarlo y en la segunda siendo uno de los principales mandos (22). La muerte de Requesens traerá a Flandes a don Juan de Austria, cuando los pocos españoles que quedaban no eran dueños más que de la tierra que pisaban. La Paz de Gante impondrá el abandono de los Países Bajos de los Tercios españoles; pero muy pronto la situación obligará a don Juan a llamarlos de nuevo. Para dirigir el regreso de los rehechos Tercios será nombrado maestro de campo general don Julián Romero, pero sus muchos achaques y heridas, pasaran al fin su factura y cuando iniciaba la marcha al frente de sus hombres montado a caballo, el 13 de octubre de 1577 cae fulminado por una apoplejía. Así murió como había vivido aquel modelo de soldados que se llamó Julián Romero.

Por su parte Alonso de Contreras (23) nos cuenta en su autobiografía que nació en 1582 en Madrid de padres «cristianos viejos, sin raza de moros y

(21) *Colección de documentos inéditos de la Historia de España* a partir de aquí CODOIN. Tomo XXV, p. 91 y VAN PRINSTERER, Groen. *Archives*. Tomo IV, p. 180.

(22) Para atacar esta isla los 4.000 españoles debieron cruzar un canal de seis kilómetros de longitud con el agua al pecho y las armas sobre la cabeza mientras eran hostigados por los cañones de la Escuadra holandesa y las lanchas de fondo plano que se aproximaban a la columna para atacar y capturar a los españoles, éstos «avanzaban cogidos de la mano, con chistes y ocurrencias, sufriendo impávidos el fuego y deseganchándose de los arpones y ganchos holandeses, que en sus barcasas se les aproximaban para capturarlos». Al llegar la mañana los defensores de Zieriksee vieron con horror surgir de la bruma a los españoles que alcanzaban la playa al asalto que coronaron con el triunfo.

(23) Los datos de su biografía sacados de CONTRERAS, Alfonso. *Discurso de mi vida*, Barcelona, 1983. Edición, introducción y notas de Henry Ettinghausen.

judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio». En su niñez ya demostró un genio muy vivo que le llevó a matar a un compañero de colegio, por lo que a causa de su poca edad fue desterrado a Ávila por un año. Después sintiéndose atraído por el oficio de soldado, a los 14 años marcha, como criado del cocinero, con el séquito del archiduque Alberto, nombrado gobernador de Flandes, a donde se dirigía a través de Milán. Ya en Italia consiguió alistarse como soldado a pesar de su corta edad y emprendió como tal el camino de Flandes. Sin embargo poco después desertaba, según él por indicación de su cabo que no deseaba combatir en aquella dura guerra, regresando a Italia y en Sicilia se volvía alistar como paje de rodela del capitán Felipe de Menargas, con quien haría sus primeras armas hasta que habiendo prestado a un compañero suyo, que luego desertó, unos vestidos de su capitán, temeroso del castigo que podía sufrir huyó a Malta.

Después de un año en aquella isla, tras justificarse volvió a su compañía y ya como soldado continuo combatiendo en las acciones de corso realizadas por el virrey, actividad que proporcionaba grandes beneficios a los intervinientes y que Alonso gastaba «de hostería en hostería y de taberna en taberna». En una de ellas mataron él y sus compañeros al mesonero, huyendo a Nápoles temerosos de ser ahorcados, allí se alistó de nuevo hasta que una nueva muerte le obligó a esconderse y pasar otra vez a Malta, embarcándose allí como «aventurero». Tras distinguirse en varias acciones y asistir a la ocupación de la Mahometa, en 1601 el gran maestro de la Orden de Malta le dio el mando de una fragata con 37 hombres para que fuera a Levante a «tomar lengua de los andamentos de la Armada turquesca», es decir informarse de sus actividades. Contreras cumplió plenamente con su misión contribuyendo con sus informes a abortar la prevista expedición de la Armada turca. Durante los tres años siguientes navegó en corso por el Mediterráneo oriental con la bandera de la Orden de Malta haciendo espléndidas presas. Entre sus acciones más destacadas en estos años se señalan la captura de una galeota de 17 bancos, su actuación en el puerto de Malta donde consiguió abortar una fuga de esclavos y la captura de un noble turco cuyo rescate negocia caballerosamente en la costa enemiga y se realiza ante las fuerzas turcas allí concentradas. Al regresar liberará a un pope capturado por unos piratas cristianos en el pueblo griego de Estampalia, bajo dominio turco.

Sus correrías le ponen a veces en gran peligro, aunque en la mayoría de las veces sus acciones son contra mercantes y pequeñas embarcaciones. En una de ellas esta a punto de ser capturado por el almirante turco Soli-

mán de Catania y en otra escapa por poco de una emboscada que le tienden en las costas de Berbería. En otra ocasión captura en un golpe de mano audaz al recaudador judío de las contribuciones de sus correligionarios con destino a la Armada del sultán y de regreso, al enterarse por aquél que Solimán de Catania está en la mar con sus galeras, marcha a la mansión de verano del almirante desembarca y rapta a:

«La mujer, dos putillos y un renegado. La mujer, que no lo era sino su amiga, era una turca renegada húngara de nación, la más hermosa que vi.»

Finalmente tras una nueva expedición a Berbería, sin haber cumplido los 22 años, le entra el deseo de regresar a su patria, obteniendo del gran maestre licencia para marcharse. Durante los tres años que estuvo en la isla continuó alternando sus acciones bélicas con una vida alegre y despreocupada en la que gasta sin tino con su «quiraca» todo el dinero que obtiene en sus correrías, hasta que comprueba que ésta:

«Gastaba la hacienda que tanto le costaba ganar encerrada con una camarada a quien le estaba haciendo tanto bien. Dile dos estocadas de que estuvo a la muerte y en sanando se fue de Malta de temor que no le matase, y la quiraca se huyo.»

Al llegar a España se trasladó a la corte donde «había salido una elección de capitanes», Contreras presentó «sus papelillos al Consejo», es decir la documentación que iba guardando de sus servicios, y como resultado de ello fue nombrado alférez de una de las compañías que se iban a levantar (24). Presentado a su capitán, este le dio la bandera, los despachos que le autorizaban a alistar soldados para su compañía y dos tambores, con todo lo cual marchó a Écija y de allí a la Torre de la Palma donde comenzó el alistamiento. Durante el mismo seguirá demostrando su capacidad de mando, su facilidad para meterse en problemas con la justicia, su afición a las mujeres. Camino de Portugal, destino de la compañía se incorporó su capitán, siguiendo su camino hasta Hornachos, tierra de moriscos, allí descubriría un depósito oculto de armas. Alonso dio cuenta al comisario de guerra que le ordenó guardar el secreto, pero no dijo nada a su capitán del que sospechaba quería quitarle la moza con la que vivía, cosa que confirmó en Almendralejo y en un desafío le hirió gravemente, asunto del que

(24) Los alféreces eran nombrados por los capitanes pero puede ser que el Consejo considerara que aunque sus méritos eran suficientes, era muy joven para designarlo capitán, por lo que pudieron ponerse al habla con uno para que lo admitiera como alférez.

también salió bien librado por ser ajeno al servicio. Finalmente llegó la compañía a Lisboa donde fue «reformada» (25) y el alférez Contreras marcha de nuevo a la corte donde obtuvo una ventaja de ocho escudos para Sicilia. Llegado a Palermo en el año 1604 se incorpora a una compañía, pero posteriormente por deseo del virrey vuelve al corso. El éxito acompañó de nuevo a Alonso de Contreras que capturó un barco bien cargado de mercaderías de Alejandría y un pequeño galeón inglés que llevaba tres años pirateando en aquella zona. Incorporado de nuevo a una compañía de Infantería asistirá al ataque a la Mahometa, empresa que terminó en un gran desastre. Llegados los supervivientes a Sicilia, la compañía de Alonso fue enviada a Monreal, donde contrajo matrimonio con una viuda española que posteriormente le traicionaría con un amigo, matándolos a ambos tras sorprenderles juntos. Después de este fracaso sentimental el alférez Alonso de Contreras regresaría de nuevo a España en el año 1607.

A su llegada a Madrid en 1608 se le concede la Sargentía Mayor de Cerdeña, si bien con la condición de ser aceptado por el gobernador de ella. Desalentado y temeroso de la acción de la justicia por haber herido a un alguacil, marcha a Agreda y se hace ermitaño, donde le detienen acusado de haber escondido las armas en Hornachos y ser el «rey de los moriscos» que preparaban una sublevación; acusación de la que finalmente, tras un año de vicisitudes, quedará libre. En marzo de 1610, se le concedió finalmente la patente de capitán en Flandes y al llegar a Bruselas se integró en una compañía de guarnición en Cambrai como soldado, en espera de que hubiera una plaza de capitán. Pasado un año, como no se le concedía el ansiado mando, pidió licencia para volver a Malta. Llegado a la isla le dieron el mando de una fragata con misión de «tomar lenguas» lo que una vez más realizó a la perfección, concediéndosele al regresar el hábito de la Orden. Nuevos viajes, un corto servicio embarcado y de regreso a Madrid de nuevo problemas con la justicia por causa de una mujer, regresando tras esto a Malta.

Su estancia en ella fue corta, pues al llegar se enteró que se le había concedido la patente para levantar en España una de las compañías que se iban a organizar para marchar a Filipinas. Tras hacerse cargo de ella en

(25) Reformar una unidad era disolverla para reforzar u organizar otras, los capitanes y alféreces reformados quedaban sin obligaciones con paga de soldado y alguna ventaja.

junio de 1616, se suspendió la marcha prevista y embarcó en una armada organizada para vigilar el estrecho de Gibraltar ante una prevista llegada de una escuadra holandesa que no apareció; finalmente, en 1618, es nombrado capitán de mar y guerra de un galeón, y parte para Puerto Rico. Durante su corta estancia en las Indias tuvo un enfrentamiento con barcos ingleses que tuvieron que retirarse y en el que resultó muerto su almirante hijo de Walter Raleigh. De regreso a España, aceptó la misión de socorrer la guarnición española de la Marmora sitiada por tierra por los berberiscos y por mar por turcos y holandeses, llevándola a cabo pese a sus dificultades con pleno éxito. Vuelto a la corte con cartas de recomendación solicitó ser nombrado almirante de una flota sin conseguirlo. Posteriormente fue durante diez y seis meses gobernador de Pantanalea, tras lo que pidió licencia para ir a Roma en donde obtuvo una encomienda de la Orden de Malta. De nuevo en Madrid, vivió en casa de Lope de Vega, marchando después a Nápoles, donde asistió a una erupción del Vesubio, después fue nombrado gobernador de Aquila, enfrentándose a las autoridades de la ciudad en defensa de la población. Vuelto a Nápoles se le nombra capitán de corazas y teniente de maestre de campo y más tarde gobernador de Pescara, debiendo salir de nuevo en corso, pero disgustado con el virrey pide licencia y se traslada a Madrid donde llega a los 51 años y pone fin a su asombrosa biografía, en la que la mayoría de los datos que se pueden comprobar resultan verdaderos.

Si para acabar hacemos una rápida comparación entre ambas vidas observamos que ya en sus primeros años aparecen claras diferencias entre ambos, porque frente a la continuidad de Julián Romero en su Tercio con el que combate en Túnez y Flandes, Alonso de Contreras desertará cuatro veces en menos de seis años; también en estos primeros años puede destacarse la falta de datos de la actuación del primero, que hacen pensar que no sería especialmente conflictivo, aunque como hombre joven siguiera las costumbres más o menos licenciosas de sus camaradas (26). Por su parte Alonso aparece como soldado juerguista, jugador, mujeriego, duelista y bullicioso, lo que le lleva a continuos conflictos con la justicia. En el periodo en el que ambos personajes no están al servicio de España, nos encontramos con que Romero en Inglaterra, joven y libre también vive, como Alonso en Malta, una vida de taberna y de riñas que más tarde

(26) CAÑIZARES, Juan. *Opus citada* llama a Julián Romero «rajabroqueles».

dejará. La actuación militar de Alonso y Julián les lleva a ser altamente considerados por el rey inglés y el gran maestro. Pero si Romero llega a ser soldado mercenario por una circunstancia imprevista, Contreras lo será por sus problemas con la justicia y si los lances de honor de uno son motivados por razones caballerescas, que le llevan a un torneo presidido por el mismo rey de Francia, los del otro son más bien consecuencias de su vida desordenada. Del periodo central de sus vidas puede destacarse que si a Romero le cuesta 33 años llegar a la fama como soldado, a Contreras por el contrario a los 22 será ya famoso como levante, lo que tiene su lógica pues el primero se encuadra en una Milicia donde destacar era difícil y el segundo sigue los rápidos pasos del aventurero afortunado. De su comparación se desprende también que la rapidez con que inició una carrera de éxitos Alonso de Contreras jugó en contra suya posteriormente, pues no le dieron patente de capitán por considerarlo muy joven y aunque se le reconocían aptitudes para el corso y su gran conocimiento del Mediterráneo oriental tardó en ascender a capitán, posiblemente también por su poca paciencia en esperarlos. Finalmente para su desgracia siguió teniendo los vicios señalados en su juventud, llevando siempre a punta de espada los problemas de «honra» y uniéndose a hembras de dudosa conducta que le plantearon numerosos problemas, mientras que Romero, aunque tendrá una hija natural en Flandes, llevará en general una vida ordenada.

En el último capítulo de la vida de nuestros dos modelos; para Julián Romero será el periodo de su consagración como una de las figuras señeras de nuestra Infantería; para Alonso de Contreras, aunque también consiga algunas de sus aspiraciones, seguirá siendo un devenir de un lugar a otro buscando el merecido reconocimiento a sus méritos, malversados muchas veces por su impaciencia, sus continuas pependencias, excesivo orgullo y también, como no decirlo, por buscarlo en la corte del rey y sus virreyes, donde casi siempre triunfaba la influencia sobre el verdadero mérito. Por todo ello a la larga se desaprovecharon sus magníficas cualidades y terminó su vida sin alcanzar el cargo de almirante. Por el contrario la lentitud de la carrera de Julián Romero le fue beneficiosa, pues al permanecer éste en su unidad año tras año tuvo oportunidad de ser conocido por sus superiores, lo que unido a sus hazañas personales le permitió a los 48 años ser nombrado maestro de campo de uno de los Tercios Viejos; llegando finalmente a maestro de campo general, tras demostrar sus aptitudes de mando, además de las reiteradamente demostradas de valor y audacia en las campañas de Flandes. Modelo puro de los hombres

que hicieron a la Infantería española la más temida y noble de su época, pudo escribir a su Rey:

«Ha que sirvo a Vuestra Majestad cuarenta años la Navidad que viene, sin apartarme en todo este tiempo de la guerra y los cargos que me han encomendado y en ello he perdido tres hermanos, un yerno y un brazo y una pierna y un ojo y un oído... y agora últimamente un hijo en el que yo tenía puestos mis ojos... y por otra parte ...ha de nueve años que me case pensando en poder descansar y después acá no he estado un año entero en mi casa» (27).

Este fue Julián Romero tipo perfecto del soldado vocacional que mientras existió sostuvo el Imperio español y se cubrió de gloria por todos los campos de Europa.

(27) CODDIN. *Opus citada*, pp. 263-264.